

mando el carácter de esta restauración literaria más las obras de investigación y de utilidad histórica que las de amenidad y recreo. El infatigable agustiniano Fr. Enrique Florez en su *Clave Historial*, abría, como decía él, la puerta a la historia eclesiástica y política, descifrando y fijando la cronología de los papas y emperadores, de los reyes de España, Italia y Francia, del origen de las monarquías y concilios. Recogía y publicaba, con dibujos y eruditas explicaciones, las *Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España*; y sin mencionar ahora otras muchas que después de la muerte de Fernando VI siguieron saliendo de su docta y fecunda pluma, antes del fallecimiento de aquel monarca, había ya dado a luz quince volúmenes de su *España Sagrada*, preciosa colección y riquísimo arsenal de noticias, documentos, disertaciones críticas y opúsculos interesantes para ilustrar la historia eclesiástica de España, y aun su historia política y civil; vasto y costosísimo trabajo, destinado a no perecer nunca, y ser consultado siempre con provecho de los curiosos y aun por los sabios.

La crítica se cultivaba ya con éxito, y las polémicas entre los literatos producían utilísimos frutos para la depuración de las verdades científicas y morales. Contra el *Teatro Crítico* de Feijóo se habían publicado más de cien impugnaciones en opúsculos, folletos y papeles sueltos, bien que sin fondo y sin juicio, llenos de improperios y de injurias, como producto de despechados autorzuelos, envidiosos de la gigantesca reputación que aquel sabio monje se había granjeado en la república literaria. Contra esta chusma de escritorzuelos, ó maldicientes ó fanáticos, escribió otro monje, discípulo de Feijóo y de su mismo hábito, la *Demostración crítico-apologética del Teatro Crítico-universal*, en dos tomos en cuarto. La defensa del P. Sarmiento, que este era el nombre del docto discípulo de Feijóo, fué digna de la obra y de la fama de tan gran maestro.

Tras la corrupción de la poesía había venido la corrupción de la oratoria sagrada. El gusto depravado del tiempo de la decadencia había contaminado lastimosamente a los ministros del Evangelio, y aunque no faltaron en España doctos predicadores que preservados del general contagio sostuvieron con honra la dignidad de la elocuencia del púlpito, es por desgracia indudable que un gusto extravagante y ridículo se había apoderado de la mayor parte de los que en aquel tiempo ejercían el alto ministerio de predicar desde la cátedra del Espíritu Santo la palabra divina, sembrando y derramando a granel en sus sermones frases ampulosas, alambicados conceptos, hipérboles y antítesis gongorinas, metáforas huecas, textos improcedentes, latines retumbantes y á veces semi-bárbaros, alusiones grotescas, mezcla informe de sentencias sagradas y profanas, palabras bajas, chocarrerías, y hasta indecentes, y todo lo que más reprueba y condena la dignidad y el decoro de la oratoria del púlpito. Contra esta plaga de malos predicadores se levantó, al modo que lo hizo Cervantes en otro tiempo contra la manía extravagante de los libros de caballerías, un genio crítico, hombre también de hábito y vida religiosa, y cuya pluma era conocida ya por su fina ironía en un libro que había publicado con el título de *Día grande de Navarra*, describiendo en estilo jocoso las solemnes fiestas con que la ciudad de Pamplona había celebrado la proclamación de Fernando VI. Propúsose, pues, el P. José Francisco de Isla, que es el jesuita de quien hablamos, combatir con el arma del ridículo aquellos profanadores de la palabra divina, y escribió su *Historia del famoso predicador Fr. Gerundio de Campazas, alias Zotes*, que desde luego alcanzó gran boga dentro y fuera de España, y con la que recibieron un golpe mortal aquellos malos predicadores. Acaso en toda la obra no hay un concepto más satírico que aquel epígrafe: *Deja Fray Gerundio los estudios y se mete á predicador*. Verdad es que él solo encierra un compendio de amargas censuras.

Natural era que la ignorancia se sublevara contra una publicación de que recibía tan duro y formidable ataque; se escribieron contra ella algunos papeles, á que contestó el autor, y se apeló al recurso común de la época, á delatarla á la Inquisición como injuriosa al estado eclesiástico con ribetes de herejía. Los calificadores opinaron por la prohibición, y en efecto se vedó la lectura del primer tomo, único que se publi-

có en vida de Fernando VI, pero vino á reducirse á una prohibición casi ilusoria, porque ya se había vendido la edición, y la popularidad que había alcanzado tenía más fuerza en la opinión pública que el edicto del Santo Oficio. Esta era la lucha de entonces. La Inquisición condenaba; el triunfo legal y material era todavía suyo; el moral era ya de la razón y de la ilustración. Los dos ejemplos más visibles de esta transición fueron el P. Feijóo y el P. Isla.

Otro de los medios que se emplearon para dar impulso á la restauración literaria en la época que examinamos fué la publicación de papeles periódicos. Cerca de un siglo hacía que en otras partes de Europa se daban á luz esos escritos que con el título de *Diarios* ó otros semejantes facilitan y propagan por el pueblo cierta clase de conocimientos, que pueden ser útiles siempre, y que lo son más en épocas determinadas. Aunque en España se había hecho un mal ensayo con el *Duende crítico de Madrid*, atribuido á fray Manuel de San José, sin duda por el objeto nada laudable ni provechoso de aquella publicación, tuvo ya otra suerte, aunque no completa, el *Diario de los Literatos*, que se comenzó á publicar en 1737; porque sus ilustrados y juiciosos autores, Salafraña, Huerta y Ruiz, que se propusieron hacer una crítica razonada de los libros útiles extranjeros y españoles, y que gozaron ya de la protección del rey y del ministro de Hacienda, no pudieron sostener mucho tiempo su Diario, por los obstáculos que aun les oponía la ignorancia y la caterva de los malos escritores. Pero el ejemplo no fué perdido, el impulso estaba dado, y al año siguiente dió don Salvador Mañer traducido el *Mercurio histórico y político*, «en que se contiene el estado presente de la Europa, lo que pasa en todas sus cortes, etc.» que continuado después por otro, concluyó por tomarlo el mismo monarca de su cuenta. Algunos años más adelante (1752) se tradujeron y dieron á conocer las *Memorias de Trevoux* para la historia de las ciencias y bellas artes. Tres años después comenzó don Juan Enrique Graef á publicar sus *Discursos mercuriales*, que eran unas memorias sobre agricultura, marina, comercio, y artes liberales y mecánicas. Y otros tres años después don Mariano Francisco Nifo, autor de *Los engaños de Madrid; y trampas de sus moradores*, comenzó á publicar el *Diario curioso, erudito y comercial, político y económico*, en que trabajó cerca de año y medio, que pasó después á otras manos, y que suspenso algún tiempo resucitó más adelante con nueva forma, y con artículos de curiosidades, literatura, comercio, economía y noticias particulares. Tales fueron los principios del periodismo en España.

No hemos hecho ni nos pertenecía hacer otra cosa que apuntar las causas y los medios que dieron nacimiento é impulso á la regeneración literaria de España en la primera mitad del siglo décimooctavo y reinados de los dos primeros Borbones, los diferentes ramos y materias científicas que se cultivaron, y los nombres de los que con su erudición, laboriosidad y constancia contribuyeron más eficazmente á esta gloriosa restauración; nombres, que aunque no forman tan largo catálogo como hubiera sido de desear, no son ni tan pocos ni tan poco ilustres, aun en el reinado de Felipe V, menos abundante que el siguiente, que no nos dé derecho á impugnar lo que un moderno escritor extranjero, autor de una *Historia de la Literatura española*, consigna con poca razón en su obra, á saber, «que en el espacio de cerca de cuarenta y seis años que abraza aquel reinado, apenas aparece un escritor que merezca mencionarse, y muy pocos los que requieren un examen y estudio esmerado (1)». Bastarían los nombres de Macanaz, Feijóo, Mayans y Florez para contradecir tan aventurado aserto. De todos modos los reinados de Felipe V y Fernando VI, así en las letras como en la política, así en la economía como en las artes, así en la marina como en la agricultura, en el comercio como en la administración, en la índole del espíritu religioso como en la tendencia de las costumbres públicas, fueron una feliz y provechosa preparación, y sentaron los cimientos y las bases, y desembarazaron y allanaron grandemente el camino para el más ilustrado y más próspero reinado de Carlos III.

(1) Tiknor, *Historia de la Literatura española*, tom. IV.

REYES DE ESPAÑA



mando el carácter de esta restauración literaria mas las obras de investigación y de utilidad histórica que las de amenidad y recreo. El infatigable agustiniano Fr. Enrique Florez en su *Clase Historial*, abrió, como decía él, la puerta á la historia eclesiástica y política, desafiando y fijando la cronología de los papas y emperadores, de los reyes de España, Italia y Francia, del origen de las monarquías y concilios. Recogía y publicaba, con dibujos y eruditas explicaciones, las *Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España*; y sin mencionar ahora otras muchas que despues de la muerte de Fernando VI siguieron saliendo de su docta y fecunda pluma, antes del fallecimiento de aquel monarca, había ya dado á luz quince volúmenes de su *España Sagrada*, preciosa colección y riquísimo arsenal de noticias, documentos, disertaciones críticas y opúsculos interesantes para ilustrar la historia eclesiástica de España, y aun su historia política y civil; vasto y costosísimo trabajo, destinado á no parecer nunca, y ser consultado siempre con provecho de los curiosos y aun por los sabios.

La crítica se cultivaba ya con éxito, y las polémicas entre los literatos producían utilísimos frutos para la depuración de las verdades científicas y morales. Contra el *Teatro Crítico* de Feijóo se habían publicado más de cien impugnaciones en opúsculos, folletos y papeles sueltos, bien que sin fondo y sin juicio, llenos de impropiedades y de injurias, como producto de despechados autorzuelos, envidiosos de la gigantesca reputación que aquel sabio monje se había granjeado en la república literaria. Contra esta chusma de escritorzuelos, ó maldicientes ó fanáticos, escribió otro monje, discípulo de Feijóo y de su mismo hábito, la *Demonstración crítico-apologetica del Teatro Crítico-universal*, en dos tomos en cuarto. La defensa del P. Sarmiento, que este era el nombre del docto discípulo de Feijóo, fue digna de la obra y de la fama de tan gran maestro.

Tras la corrupción de la poesía había venido la corrupción de la oratoria sagrada. El gusto depravado del tiempo de la decadencia había contaminado lastimosamente á los ministros del Evangelio, y aunque no faltaron en España doctos predicadores que preservados del general contagio sostuvieron con honra la dignidad de la stocuencia del púlpito, es por desgracia indudable que un gusto extravagante y ridículo se había apoderado de la mayor parte de los que en aquel tiempo ejercían el alto ministerio de predicar desde la cátedra del Espíritu Santo la palabra divina, sembrando y derramando á granel en sus sermones frases ampulosas, alambicados conceptos, hipérbolos y asépticas gongorinas, metáforas huecas, textos improprios, latines retumbantes y á veces semi-bárbaros, alusiones groseras, mezcla infernal de sentencias sagradas y profanas, palabras lujas, chocarrerías, y hasta indecentes, y todo lo que mancha y condena la dignidad y el decoro de la oratoria del púlpito. Contra esta plaga de malos predicadores se levantó, al modo que lo hizo Cervantes en otro tiempo contra la manía extravagante de los libros de caballerías, un genio crítico, hombre también de hábito y vida religiosa, y cuya pluma ves conocida ya por su fina ironía en un libro que había publicado con el título de *Dis grande de Navarra, desentendiéndose en estilo jocoso las solemnes fiestas con que la ciudad de Encarnación había celebrado la proclamación de Fernando VI. Proposición*, pues, el P. José Francisco de Isla, que es el jesuita de quien hablamos, combatir con el urna del ridículo á aquellos profanadores de la palabra divina, y escribió su *Historia del famoso predicador Fr. Gerundio de Campazán, obispo Zeloso*, que desde luego alcanzó gran boga dentro y fuera de España; y con la que recibieron un golpe mortal aquellos malos predicadores. Acaso en toda la obra no hay un concepto más satírico que aquel epígrafe: *Deja Fray Gerundio los estudios y se mete á predicador*. Verdad es que el solo encierra un compendio de amargas censuras.

Natural era que la ignorancia se sublevara contra una publicación de que recibía tan duro y formidable ataque; se escribieron contra ella algunos papeles, á que contestó el autor, y se apeló al recurso común de la época, á delatarla á la Inquisición como injuriosa al estado eclesiástico con ribetes de herejía. Los calificadores opinaron por la prohibición, y en efecto se vedó la lectura del primer tomo, único que se publi-

có en vida de Fernando VI, pero vino á reducirse á una prohibición casi ilusoria, porque ya se había vendido la edición, y la popularidad que había alcanzado tenía mas fuerza en la opinión pública que el edicto del Santo Oficio. Esta era la lucha de entonces. La Inquisición condenaba; el triunfo legal y material era todavía suyo; el moral era ya de la razón y de la ilustración. Los dos ejemplos mas visibles de esta transición fueron el P. Feijóo y el P. Isla.

Otro de los medios que se emplearon para dar impulso á la restauración literaria en la época que examinamos fué la publicación de papeles periódicos. Cerca de un siglo hacia que en otras partes de Europa se daban á luz esos escritos que con el título de *Diarios* ó otros semejantes facilitan y propagan por el pueblo cierta clase de conocimientos, que pueden ser útiles siempre, y que lo son mas en épocas determinadas. Aunque en España se había hecho un mal ensayo con el *Duende crítico de Madrid*, atribuido á fray Manuel de San José, sin duda por el objeto nada laudable ni provechoso de aquella publicación, tuvo ya otra suerte, aunque no completa, el *Diario de los Literatos*, que se comenzó á publicar en 1737; porque sus ilustrados y juiciosos autores, Salafraña, Huerta y Ruiz, que se propusieron hacer una crítica razonada de los libros útiles extranjeros y españoles, y que gozaron ya de la protección del rey y del ministro de Hacienda, no pudieron sostener mucho tiempo su Diario, por los obstáculos que aun les oponía la ignorancia y la caterva de los malos escritores. Pero el ejemplo no fué perdido, el impulso estaba dado, y al año siguiente dió don Salvador Mañer traducido el *Mercurio histórico y político*, en que se contiene el estado presente de la Europa, lo que pasa en todas sus cortes, etc., que continuado despues por otro, concluyó por tomarlo el mismo monarca de su cuenta. Algunos años mas adelante (1752) se tradujeron y dieron á conocer las *Memorias de Trevoux* para la historia de las ciencias y bellas artes. Tres años despues comenzó don Juan Enrique Graef á publicar sus *Discursos mercuriales*, que eran unas memorias sobre agricultura, marina, comercio, y artes liberales y mecánicas. Y otros tres años despues don Mariano Francisco Nifo, autor de *Los engaños de Madrid, y trampas de sus moradores*, comenzó á publicar el *Diario curioso, erudito y comercial, político y económico*, en que trabajó cerca de año y medio, que pasó despues á otras manos, y que suspenso algún tiempo resucitó mas adelante con nueva forma, y con artículos de curiosidades, literatura, comercio, economía y noticias particulares. Tales fueron los principios del periodismo en España.

No hemos hecho ni nos pertenecía hacer otra cosa que apuntar las causas y los medios que dieron nacimiento é impulso á la regeneración literaria de España en la primera mitad del siglo décimosegundo y reinados de los dos primeros Borbones, los diferentes ramos y materias científicas que se cultivaron, y los nombres de los que con su erudición, laboriosidad y constancia contribuyeron mas eficazmente á esta gloriosa restauración; nombres, que aunque no forman tan largo catálogo como hubiera sido de desear, no son ni tan pocos ni tan poco ilustres, aun en el reinado de Felipe V, menos abundante que el siguiente, que no nos dé derecho á impugnar lo que un moderno escritor extranjero, autor de una *Historia de la Literatura española*, consigna con poca razón en su obra, á saber, «que en el espacio de cerca de cuarenta y seis años que abraza aquel reinado, apenas aparece un escritor que merezca mencionarse, y muy pocos los que requieren un exámen y estudio esmerado (1)». Bastarian los nombres de Macanaz, Feijóo, Mayans y Florez para contradecir tan aventurado aserto. De todos modos los reinados de Felipe V y Fernando VI, así en las letras como en la política, así en la economía como en las artes, así en la marina como en la agricultura, en el comercio como en la administración, en la índole del espíritu religioso como en la tendencia de las costumbres públicas, fueron una feliz y provechosa preparación, y sentaron los cimientos y las bases, y desembarazaron y allanaron grandemente el camino para el mas ilustrado y mas próspero reinado de Carlos III.

(1) Tícknor, Historia de la Literatura española, tom. IV.

REYES DE ESPAÑA.

